

## “Un día de espera”, 1933 (*A day's Wait*) Ernest Hemingway (1899-1961)

Trad: Isabel Durán

Entró en nuestra habitación para cerrar las ventanas mientras aún estábamos en la cama y vi que parecía enfermo. Estaba temblando, su cara estaba blanca, y caminaba lentamente como si le doliera cada movimiento.

“¿Qué te pasa, Schatz?”

“Me duele la cabeza”.

“Será mejor que vuelvas a la cama”.

“No, estoy bien.”

“Ve a la cama. Te veré cuando esté vestido”.

Pero cuando bajé las escaleras estaba vestido, sentado junto al fuego, con un aspecto de niño de nueve años muy enfermo y preocupado. Cuando puse mi mano en su frente supe que tenía fiebre.

“Sube a la cama”, le dije, “estás enfermo”.

“Estoy bien”, dijo.

Cuando el doctor vino, le tomó la temperatura al chico.

“¿Cuánta tiene? Le pregunté.

“102°”.

Abajo, el médico dejó tres medicamentos diferentes en diferentes cápsulas de color con instrucciones para administrarlas. Una era para combatir la fiebre, otra un purgante, la tercera para mitigar la acidez. Los gérmenes de la gripe sólo pueden existir en un medio ácido, explicó. Parecía saberlo todo acerca de la gripe y dijo que no había nada de qué preocuparse si la fiebre no superaba los 104°. Se trataba de un leve contagio de gripe y no había peligro si se evitaba la neumonía. En la habitación anoté la temperatura del chico y las horas de administración de las diferentes cápsulas.

“¿Quieres que te lea?”

“Está bien. Si quieres”, dijo el chico. Su cara estaba muy blanca y tenía ojeras. Se quedó quieto en la cama y parecía muy distante de lo que estaba pasando. Leí en voz alta el Libro de los Piratas de Howard Pyle<sup>1</sup>; pero pude ver que no estuviera siguiendo lo que yo estaba leyendo.

“¿Cómo te sientes, Schatz? Le pregunté.

---

<sup>1</sup> **Howard Pyle** (1853-1911) fue un escritor estadounidense, gran conocedor de las leyendas medievales. Una de sus obras es *Libro de los Piratas* (*Book of Pirates*, 1921)

“Igual “, dijo.

Me senté a los pies de la cama y leí en silencio mientras esperaba que llegara el momento de darle otra cápsula. Hubiera sido natural que se durmiera, pero cuando levanté la vista, estaba mirando los pies de la cama, con un aspecto muy extraño.

“¿Por qué no intentas dormirte? Te despertaré para la medicina”.

“Prefiero permanecer despierto”.

Después de un rato me dijo: “No tienes que quedarte aquí conmigo, papá, si te molesta.”

“No es ninguna molestia”.

“No, lo que quiero decir es que no tienes que quedarte si te va a causar molestia”.

Pensé que quizás estaba un poco mareado y después de darle la cápsula prescrita a las once en punto salí un rato.

Era un día brillante y frío, el suelo cubierto de un aguanieve que se había congelado de modo que parecía como si todos los árboles desnudos, los arbustos, la maleza cortada y toda la hierba y el suelo desnudo se hubieran barnizado con hielo. Saqué al setter irlandés a dar un paseo por el camino a lo largo de un arroyo congelado, pero era difícil caminar sobre la superficie vidriosa y el perro pelirrojo resbaló y se deslizó y cayó dos veces, una de ellas empujando mi arma, que cayó y se resbaló sobre el hielo. Espantamos a una nidada de codornices que estaban bajo un alto banco de arena con arbustos colgantes y matamos a dos mientras las perdíamos de vista, al salir sobrevolando sobre el banco de arena. Algunas de las nidadas se alejaron de los árboles, pero la mayoría de ellas se dispersaron entre los matorrales y tuvimos que saltar sobre montones de arbustos helados varias veces antes de espantarlas. Puesto que volaban mientras estábamos en posición inestable sobre la maleza helada y movediza era difícil disparar, así que maté a dos, fallé cinco, y regresé contentos de haber encontrado una nidada cerca de casa y feliz de que quedaran tantas por encontrar otro día.

En la casa dijeron que el chico se había negado a dejar entrar a nadie en la habitación.

“No puedes entrar”, dijo. “No debes contagiarte”.

Me acerqué a él y lo encontré exactamente en la posición en que lo había dejado, con la cara pálida, pero con la parte superior de sus mejillas enrojecidas por la fiebre, mirando fijamente, como antes lo había hecho, a los pies de la cama. Le tomé la temperatura.

“¿Cuánta fiebre tengo?”

Algo así como 100°,” dije. Tenía 102° y cuatro décimas.

“Dijo 102°”

“¿Quién lo dijo?”

“El doctor”.

“Tu temperatura está bien”, dije. “No hay nada de qué preocuparse”.

“No me preocupo”, dijo, “pero no puedo dejar de pensar”.

“No pienses”, dije. “Sólo tómalo con calma.”

'Me lo estoy tomando con calma', dijo y miró al frente. Evidentemente, estaba ensimismado en sus pensamientos.

"Tómame esto con agua".

"¿Crees que servirá de algo?"

"Por supuesto que lo hará".

Me senté y abrí el *Libro de los Piratas* y comencé a leer, pero pude ver que no me estaba escuchando, así que me detuve.

**"¿A qué hora crees que voy a morir?"** preguntó.

"¿Qué?"

"¿Cuánto tiempo pasará antes de que muera?"

"No vas a morir. ¿Qué es lo que te pasa?"

"Oh, sí, voy a morir. Le oí decir "102°".

"La gente no muere con una fiebre de 102°. Es una tontería lo que estás diciendo"

"Sé que se mueren. En la escuela en Francia los chicos me dijeron que no se puede vivir con 44°. Yo tengo 102°"

Había estado esperando su muerte todo el día, desde las nueve de la mañana.

"Pobre Schatz", le dije. "Mi pobre Schatz". Son como las millas y los kilómetros. Tú no vas a morir. Ese era un termómetro diferente. En otros termómetros 37° es normal. En este tipo son 98°.

"¿Estás seguro?"

"Absolutamente", dije. "Es como millas y kilómetros. Ya sabes, es como cuántos kilómetros hacemos cuando vamos a 70 millas en el coche".

"Oh", dijo. Pero su mirada al pie de la cama tardó en relajarse. Su ensimismamiento se relajó también, finalmente, y al día siguiente estuvo muy inactivo y lloraba por pequeñas cosas sin importancia.